

Blas Taracena Aguirre

(1.º de diciembre de 1895 - 31 de enero de 1951)

Con un dolor verdadero rinde hoy tributo la revista *Ampurias* al Excmo. Sr. D. Blas Taracena Aguirre, muerto en Madrid tras dolorosa enfermedad, el 31 de enero de 1951.

Fué un ilustre amigo de todos; honra de la ciencia arqueológica española, cuyo prestigio internacional corría pareja con el afecto que su bondad y hombría de bien sabían ganarse; trabajador incansable y aun en plena actividad, su falta deja en la investigación española un vacío difícil de llenar.

Nacido en Soria el 1.º de diciembre de 1895, ingresó en 1915 en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, dirigiendo el Museo Numantino y las excavaciones de Numancia, ampliando sus investigaciones por toda la provincia de Soria y comarcas vecinas, siendo extraordinariamente valiosas sus excavaciones en Navarra que deja emprendidas en plena y prometedor actividad.

Sus trabajos científicos forman una extensa bibliografía. Conocido en todos los medios internacionales, había recibido títulos y condecoraciones varias, tanto nacionales como extranjeras, y en la actualidad era Presidente del Comité Ejecutivo del Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, que ha de celebrarse precisamente en Madrid en 1954.

Al recordar en estas páginas al amigo que nos ha dejado para siempre y comunicar al mundo científico esta pérdida para la ciencia española, como católicos rogamos también a Dios lo guarde en su santa gloria. — M. ALMAGRO.



Isidro Ballester Tormo

(12 de agosto de 1876-13 de agosto de 1950)

Penoso deber me impone la dirección de *Ampurias* al encargarme la redacción de esta nota necrológica de quien fué, durante los últimos veintitrés años de mi vida, uno de los mejores amigos que la Arqueología me deparara, con el que mantuve la colaboración más íntima y constante en el campo científico, lo que había de llevarnos a una perfecta compenetración en todos los órdenes. Nuestra amistad se cimentaba en lo que me atrevería a llamar paternidad común de una escuela de investigación prehistórica, cuya organización y vicisitudes a través de años no siempre fáciles crearon lazos que sólo la muerte ha podido romper.

Reservándome el tratar con la extensión que merece y con el natural cariño de la figura de don Isidro Ballester, evocaré ahora en un breve esbozo los rasgos salientes de su personalidad.

Don Isidro Ballester nació el 12 de agosto de 1876, en Nerpio (provincia de Albacete), donde su padre desempeñaba el cargo de notario. Pronto se trasladó, sin embargo, al valle de Albaida, de donde era oriunda su familia, y aquel entrañable rincón de la tierra valenciana fué desde entonces el centro de sus actividades y sus afectos. Dudo que pasara muchas semanas en su vida en que no hiciera una visita al mismo. A los veinticinco años era abogado, y actuando en política dentro del partido conservador, fué Diputado provincial y Vicepresidente de la Diputación de Valencia.

Su iniciación arqueológica la debió al P. Leandro Calvo, de quien fué discípulo en el Colegio de los Padres Escolapios, de Gandía, y al que acompañó en numerosas excursiones por la comarca. Pero a ella contribuyó no poco su gusto por la Naturaleza y su afición a la caza, pues su instinto y hábitos de cazador le servían magníficamente para la rebusca prehistórica.

En 1908 inició sus primeras excavaciones dignas de tal nombre, en el poblado ibérico de *Covalta* (Albaida), lo que le hacía probablemente el decano de las excavaciones arqueológicas en España. Tales excavaciones fueron continuadas durante largos años, y a ellas se unieron las de la necrópolis ibérica de *Casa del Monte* (Valdeganga, Albacete), poblados argáricos de *Tossal Redó* y *Tossal del Caldero*, en Bellús; la cueva sepulcral de *Camí real*, en Albaida, y la del *Barranc del Castellet*, en Carrícola. Muchas otras fueron las estaciones visitadas y exploradas someramente por él, tanto en la provincia de Valencia como en las de Albacete y Murcia.

Dado su temperamento riguroso en extremo, y enemigo de toda ostentación personal, a la par que realizaba los anteriores trabajos con todo método, rehuía el propagarlos, no creyendo nunca suficientemente estudiados los materiales para su publicación. Sin embargo, sus interesantes resultados iban siendo conocidos por los arqueólogos de Madrid y Barcelona, y dos de los más destacados, los profesores Gómez Moreno y Bosch Gimpera, se honraron pronto con su amistad.

Pero su mejor obra estaba por realizar. Gracias a sus contactos con la Diputación Provincial, logró que ésta, en el otoño de 1927, creara su Servicio de Investigación Prehistórica, del que fué Director el resto de su vida. La base para tan afortunada creación fué la compra de la colección Ponsell, formada sobre todo con los materiales excavados en el poblado del *Mas de Menente*, cerca de Alcoy.

Se abría, con la creación del S.I.P., una etapa nueva en la Prehistoria española. Su fundador pudo esplayar proyectos y afanes largo tiempo soñados, y año tras año gozó del éxito que le proporcionaba el acierto en la elección de las estaciones a excavar. Ya en 1928, la brillante campaña en *La Bastida*, de Mogente, fué augurio de las que iban a sucederse: *cueva Negra*, *cueva del Parpalló*, *cueva de la Sarsa*, poblado de *San Miguel* de Liria, *cueva de la Cocina*, *cueva de Mallaetas*, poblado palafítico de Navarrés, *cueva de la Pastora*, etc. Reseñarlas todas sería tanto como reseñar la labor completa del S.I.P.

Su rigidez y escrupulosidad científicas eran absolutas. Su minuciosidad en los trabajos de excavación, que pudimos comprobar en múltiples ocasiones en que trabajamos juntos, nos recordaba la de otro valenciano, don Emilio Gandía, excavador de Am-

purias. Nuestro Director impuso su rigidez a los colaboradores del S.I.P., y sus excavaciones estuvieron siempre vigiladas por varios directores responsables, pues implantó la excelente norma de tener en cada excavación dos o tres encargados al frente de la misma, pudiendo así atenderse a todos los aspectos materiales de la labor arqueológica y previniendo el cansancio y descuido que la soledad puede provocar.

Supo rodearse de colaboradores modestos, pero eficaces. El malogrado don Gonzalo Viñes, don Mariano Jornet, don Fernando Ponsell, don José Alcacer, incluso el incomparable Salvador Espí, fueron descubrimientos suyos.

Su austeridad permitió realizar grandes trabajos con recursos muy escasos. Pero le llevaba a evitar toda propaganda de la labor del S.I.P., exagerando incluso en este aspecto. No publicaba sin el más minucioso estudio. Difícilmente se encontraría quien, teniendo tantos ricos materiales a su disposición como él, haya publicado menos. Cualquiera en su lugar hubiera llenado las revistas españolas y extranjeras de artículos sobre los descubrimientos del S.I.P. y sobre puntos de vista científicos, para los que no le faltaban ni erudición ni imaginación. Él prefirió el trabajo y el estudio callados, convencido de que al final se impondrían en el ámbito nacional y en el internacional, como así ha ocurrido.

Mérito extraordinario fué salvar etapas difíciles del S.I.P., que al depender de la buena voluntad de la Diputación Provincial quedaba a merced de sus vaivenes políticos. Fácil es pensar las dificultades que tuvo que sortear, y no es preciso que insistamos en ellas. Pero en los últimos años tuvo la satisfacción de ver que su obra era comprendida, y la protección que el S.I.P. encontró en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas coronó la labor que la Diputación Provincial, apoyada en un ambiente cada día más favorable, había realizado sola hasta ese momento. La publicación del segundo volumen del *Archivo de Prehistoria Levantina* y de la Memoria de la labor realizada en los años 1940 a 1948, así como la de varias monografías en una serie con la que estaba muy encariñado, señalan el fruto de esta protección.

Entre sus publicaciones más destacadas citaremos *Unas cerámicas prehistóricas en el valle de Atbaida* («Cultura valenciana», 1928); *La Bastiàa de les Alcuces (Mogente)* («Archivo de Prehistoria Levantina», 1928); *La covacha sepulcral del Camí Real d'Aiacant* (Ibidem); *Los ponderales ibéricos de tipo covaltino* («Cultura valenciana», 1929); *Avance al estudio de la necrópolis ibérica de la Casa del Monte (Albacete)* (Ibidem); *El Castellet del Porquet* (Valencia, 1937); *El amentum en los vasos de San Miguel de Livia (Archivo Español de Arqueología, 1942)*; *Sobre una posible clasificación en los vasos de San Miguel de Livia* (Ibidem, 1943); *El enterramiento en cueva de Rocafort* (Valencia, 1944); *Ensayo sobre las influencias de los estilos griegos en las cerámicas de San Miguel y la tenencia arcaizante de éstas* (Discurso de ingreso en el Centro de Cultura valenciana, 1944); *Ídolos oculados valencianos (Archivo de Prehistoria Levantina, II, 1945)*; *Las pequeñas manos de mortero ibéricas valencianas* (Ibidem); *La labor del Servicio de Investigación prehistórica y su museo en los años 1940 a 1948* (Valencia, 1949).

Entre los trabajos en preparación conocemos el dedicado a las excavaciones del poblado argárico del *Vedat*, de Torrente, y el muy notable sobre la cerámica de Liria, formando parte del *Corpus Vasorum Hispanorum*. Esperamos que podrán publicarse en fecha próxima.

Don Isidro Ballester era Director de número del Centro de Cultura Valenciana,

correspondiente de la Real Academia de la Historia y de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, Comisario provincial de excavaciones arqueológicas y miembro correspondiente del Instituto Arqueológico alemán.

Con la muerte de don Isidro Ballester se cierra una etapa fundamental de la investigación de la Prehistoria levantina. Los que fuimos sus colaboradores habremos de seguir sus pasos y trabajar para que la obra que él inició no sólo no se interrumpa, sino que crezca y fructifique más todavía. Para nosotros será perenne la memoria de don Isidro Ballester. Que Dios le haya acogido en su seno. — L. PERICOT.

P. Eugenio Jalhay, S. I.

(13 de julio de 1891 - 30 de noviembre de 1950)

Con el Padre Jalhay desaparece uno de los más activos adalides de la Prehistoria peninsular. Nació en Lisboa, de padre belga y madre portuguesa, y en la misma ciudad falleció cuando aun podía esperarse mucho de su celo infatigable. Aunque sus principales actividades estuvieron dirigidas a su patria, no es pequeña su aportación a la Prehistoria española. Se hallaba muy vinculado a nosotros, pues en Tortosa y Oña realizó parte de sus estudios eclesiásticos, y actuó en varios colegios de la provincia de Pontevedra. En 1922 recibió en Oña las Órdenes sagradas, y en La Guardia cantó su primera misa. Antes había defendido su nación durante la primera Guerra Europea.

Su estancia en España le llevó a la amistad con el profesor Obermaier y otros arqueólogos españoles, lo que explica su constante colaboración en nuestras revistas y participación en Congresos y Cursos; en 1947 acudió al celebrado en Ampurias, donde disertó sobre sus estupendos hallazgos en Vila Nova de San Pedro. Su cordialidad con los arqueólogos españoles que visitamos Portugal era fruto de su afecto por nuestro país. Su estancia en Galicia le había permitido realizar importantes descubrimientos en el campo del asturiense gallego, así como en el arte rupestre y la cultura de los castros. Sus campañas de prospecciones y excavación en Portugal han sido numerosísimas desde que en 1909 se inició en la Arqueología con la exploración del Tholos de Barro, como colaborador del Padre Bovier Lapierre, y sobre todo desde su vuelta a Lisboa en 1928. Las grutas de Alapraia y Estoril, los yacimientos de Montes Claros, Carreço, Maçao, Casal de Zambuja y el poblado de Vila Nova de San Pedro son, entre otros, los nombres más destacados que hemos de señalar.

En Vila Nova de San Pedro trabajó durante trece campañas desde 1937, con resultados sensacionales. Aquí, como en multitud de otros yacimientos, laboró en estrecha colaboración, seguida durante más de veinte años, con otro arqueólogo no menos incansable y no menos querido por los estudiosos españoles, Alfonso do Paço. A tan intensa actividad de campo corresponde una producción bibliográfica muy nutrida, que no podemos incluir aquí por falta de espacio. Tanto como su talento y espíritu de trabajo brillaban sus altas cualidades morales, su bondad y simpatía. Los arqueólogos españoles le considerábamos como uno de los nuestros. Séanos permitido expresar en nombre de ellos nuestro pesar a los colegas del país hermano. — L. PERICOT.